

ANA CARRASCO CONDE*

LIBREMENTE SERVILES. FORMAS DE SERVIDUMBRE A PARTIR DE ÉTIENNE DE LA BOÉTIE

Resumen

El artículo desarrolla una categorización de las formas de servidumbre a partir del texto de Étienne de la Boétie *La servidumbre voluntaria*. Se presenta en primer lugar, un análisis del texto de La Boétie que señala los puntos relevantes de este texto, y, en segundo lugar, se procede a establecer una categorización de «modos de servidumbre».

Palabras clave: servidumbre, libertad, tiranía, pensamiento heril.

Auctor: La Boétie.

Abstract

The article presents the drawing up of a categorization of the forms of servitude from Étienne de la Boétie's text *The voluntary servitude*. In the first place an analysis of the text that indicates the key points of its relevancy is presented, and secondly, a category of «manners of servitude» is established.

Keywords: servitude, freedom, tyranny, domination.

Authors: La Boétie.

Durante años, después de su excarcelación, Aleksandr Solzhenitsyn buscó infructuosamente una copia del código de Derecho Soviético (CP) o de la Ley de Enjuiciamiento Criminal (LEC). Cualquiera le hubiera valido. Había sido acusado, en un tiempo que, para él, era ya otra vida, allá por 1945, de infringir varios artículos del CP y de la LEC. Tras haber sido sometido durante días a un interrogatorio que más bien podía ser definido como tortura, y ante el desconocimiento de lo que aquellos artículos significaban, cuando los jueces de instrucción le pusieron el acta de acusación sobre la mesa, firmó¹. Firmó bajo coacción y firmó sin saber qué acusación se escondía en aquellos

* Investigadora contratada UCM-UPM CEI Campus Moncloa. Facultad de Filosofía, Departamento de Historia de la Filosofía. Email: anaconde@ucm.es. Research has been also supported by a PICATA postdoctoral contract of the Moncloa Campus of International Excellence (UCM-UPM).

¹ «Se le acusa de transgredir los artículos 58-10 apartado 2 y 58-11 del Código Penal de la Federación Rusa! ¡Firme!» «¿Pero qué dicen esos artículos ¡Déjeme leer el Código! [...] ¡Le ruego que me

artículos. Firmó estar encerrado durante décadas en los fríos campos de concentración del régimen stalinista, y firmó estar privado durante décadas, incluso más allá de Stalin, del derecho activo que la libertad implica. Sólo muchos años después de su excarcelamiento y después de reformas legales que hacían obsoletos los códigos anteriores, de pronto y sin esperarlo, los vio: «dos hermanos encuadernados, el CP y el LED, en un kiosco del metro de Moscú (los habían sacado a la venta por inservibles)²». «Ahora – prosigue Solzhenitsyn – me conmueve leer, por ejemplo, en la LEC: Artículo 136.- El juez no tiene derecho a arrancar declaraciones o confesiones a un acusado mediante violencia o amenazas [...]. Artículo 111.- El juez está obligado a poner en conocimiento del acusado las circunstancias atenuantes o eximentes que concurran en su caso³». Aun conociendo las leyes, la verdad es que Solzhenitsyn no podía haber hecho otra cosa ante la maquinaria del poder soviético. La maquinaria. Eran tiempos de expresa coartación de las libertades individuales y de manifiesto estrangulamiento de la capacidad de autodeterminación. Pagaba de este modo el dramaturgo el precio por haber ejercido en un tiempo de dictadura una libertad que le estaba vedada desde el principio. Por eso su compañero de celda exclamaba con frecuencia y fuera de sí: «¡No importa el precio de la libertad! ¿Ah sí? ¡Pues paga por ella!⁴». Se vio así prisionero, privado de sus derechos. Y, sin embargo, aunque Solzhenitsyn estaba preso no era, como tal, siervo de nadie. No estaba doblegado, sino tan solo atado, recluido. «Aunque encadenado, el hombre es libre si se quiere libre⁵». Aún entre los fríos muros de Lubianka, continuaba siendo señor de sí mismo, dueño de sus pensamientos, fiel a sus convicciones y consciente de la injusticia de la que era víctima. Latía en él la pasión de la autodeterminación. La lucha, la resistencia. Quería salir de allí. Eran otros los presos: los que paseaban aparentemente libres, con la inercia de la acción hecha costumbre; los que iban del trabajo a casa y de casa al trabajo con la vista fija sin querer mirar más allá; los que, por un motivo u otro, denunciaban a sus vecinos o colaboraban con el régimen; los que, al otro lado de la mesa de la sala de interrogatorios, torturaban a los acusados. Paradojas de la libertad. Podían desplazarse, dormir en una cama y tener comida – mucha o poca – que llevarse a la boca, pero se movían en una prisión de 22.402.200 Km², atados a una transparente pero pesada cadena. Ellos eran los vasallos.

No fue el «régimen», un ente abstracto del que se tiene noticia, quien encarceló a Solzhenitsyn; ni fue él mismo quien se condenó al firmar una confesión falsa, sino la estructura de poder que recoge a ambos polos, al individuo y a la cabeza del régimen. Uno y otro se encuentran siempre unidos a través de una estructura dinámica, de un engranaje

lo enseñen!» «No procede mostrárselo [...] Además, no lo necesita, ya se lo explico yo: dichos artículos tipifican precisamente todo de lo que usted es culpable», in SOLZHENITSYN, A., *Archipiélago Gulag*, Tusquets (Biblioteca El Mundo), Barcelona 2002, pp. 153-154.

² Ibid, p. 154.

³ Ibid, pp. 154-155.

⁴ Ibid, p. 239.

⁵ LEFORT, C., «El nombre de Uno», in E. DE LA BOÉTIE, *Discurso de la servidumbre voluntaria*, Trotta, Madrid 2008, p. 66.

que pone en movimiento todo un sistema: no es que el individuo quede fagocitado por la maquinaria, sino que el individuo es parte del engranaje que la pone en movimiento. Tiempos modernos... de engranaje humano. El individuo es por ello pieza dinámica de la estructura y elemento que nutre energéticamente a ésta con su propia fuerza. Late en el individuo a la vez tanto la pulsión del siervo como la del tirano⁶. Fueron personas por tanto quienes denunciaron a Solzhenitsyn, personas quienes le detuvieron, personas quienes le torturaron y personas quienes le apresaron. El régimen en su mínima expresión es por sí mismo sólo un símbolo en un muro, una cruz gamada, una hoz y un martillo. Son los individuos los que le dan vida y sentido, y el tirano constituye sólo el otro extremo que recibe de esta estructura su fuerza. «Aquel que tanto os domina sólo tiene dos ojos, sólo tiene dos manos, sólo tiene un cuerpo, y no tiene nada más de lo que [tiene] el menor hombre del gran e infinito número de vuestras ciudades, a no ser las facilidades que vosotros le dais para destruirlos. ¿De dónde ha sacado tantos ojos con que espiarlos, si no se los dais vosotros? ¿Cómo tiene tantas manos para golpearlos si no las toma de vosotros? Los pies con que pisotea vuestras ciudades, ¿de dónde los ha sacado si no son los vuestros? ¿Cómo es que tiene algún poder sobre vosotros, si no es por vosotros⁷». No fue Solzhenitsyn, ni Primo Levi ni nadie que sufriera en propias carnes los totalitarismos que azotaron el siglo XX quien formuló estas amargas preguntas, sino Étienne de la Boétie que, entre 1546 y 1548, trató de entender en su *Discurso de la servidumbre voluntaria* cómo era posible que los hombres voluntariamente se sometieran a un tirano. Si a la naturaleza del hombre le corresponde el ansia de libertad, entonces «¿qué desgracia ha sido ésta que ha podido desnaturalizar tanto al hombre, el único verdaderamente nacido para vivir libremente, y hacerle perder el recuerdo de su primer ser y el deseo de recuperarlo?⁸». El texto, aunque con unos cuantos siglos a sus espaldas, aún hoy no deja de inquietarnos por su vigencia porque, como, afirmó Lammenais en su introducción al *Discurso*, si bien «los nombres y las formas cambian, el fondo no lo hace: se presenta invariablemente igual en todas las épocas y en todos los países⁹». Este carácter general, ajeno al curso del tiempo, apunta además a algo incómodo puesto que, si poco importa el tiempo o el lugar para la aparición de la tiranía y de su inseparable servidumbre -una servidumbre que para La Boétie es casi siempre consentida- entonces aquello que permanece tras todos los cambios es el fundamento de esta forma de dominio y sometimiento. Y lo que permanece es el hombre. El hombre en sociedad¹⁰. El tejido de sus relaciones.

Desprovisto de sus rasgos negativos la servidumbre no es más que una forma de

⁶ El propio Primo Levi exclamará que «¡los ejecutores de órdenes horribles no son inocentes!», in LEVI, P., *Si esto es un hombre*, Muchnik Editores, Barcelona 2002, p. 340.

⁷ DE LA BOÉTIE, E., *Discurso de la servidumbre voluntaria*, op. cit., p. 31.

⁸ Ibid, p. 34.

⁹ LAMENNAIS, préface à *Discours de la servitude volontaire*, Daubrée et Cailleux, Paris 1835. Citado por Pedro Lomba en el estudio introductorio «Historia de la obra», in E. DE LA BOÉTIE, *Discurso de la servidumbre voluntaria*, op. cit. p. 19.

¹⁰ Cf. Aristóteles, *Política*, 1253a.

relación con el otro, en el que los derechos de un primero son transferidos a un segundo. La forma más extrema de esta forma de relación es el sometimiento por la fuerza, es decir, la que ha sido producto de la acción violenta de la dominación, la usurpación mediante la cual un hombre queda despojado de sus derechos por otro que, injustamente, toma lo que no es suyo. Con la inercia del tiempo esta forma de servidumbre da lugar a otra, que roba el color de los rostros y tiñe de grises las almas, que va sedimentándose poco a poco recubriendo como una corteza porosa los hábitos y las costumbres de los hombres que fueron libres y ya no se acuerdan. La languidez del subsistir. De ellos habla La Boétie en su ensayo¹¹. Tras el golpe sobreviene el estupor, tras el estupor la resignación y tras ésta la simple inercia del así son las cosas. Se podrá sentir rabia, miedo o cobardía, pero se obedece. Más aún, se obedece porque es lo estipulado, se obedece porque siempre habrá señores y siempre siervos, se obedece porque siempre habrá alguien más fuerte que yo, pero sobre todo, se obedece porque se tiene miedo, no ya de perder la libertad como ciudadano, sino lo poco que queda de la libertad como individuo, se obedece porque no se quiere perder más. Sin embargo, una vez que el tirano está en el poder, puede obedecerse no sólo porque es lo conveniente, sino porque me conviene, porque es comprada la conciencia (si es que se tiene una), porque la permisión acaba conduciendo a la enajenación, porque, embaucados o no, se llega hasta el aprovechamiento de la situación y se aceptan los envenenados cebos del dictador: teatros, juegos, farsas o espectáculos, porque los súbditos o son engañados o se dejan engañar¹². Pero si la tiranía se mantiene –proseguirá La Boétie– se debe a la tercera de las formas –la peor– de la servidumbre: el afán de poder. «No se creará al principio, pero es verdad que siempre son cinco o seis los que mantienen al tirano, cuatro o cinco los que para él mantienen a todo el país en servidumbre. Siempre son cinco o seis los que se hacen escuchar para el tirano, y se lo han ganado por ellos mismos, o bien han sido llamados por él para ser cómplices de sus crueldades, compañeros de sus placeres, alcahuetes de su lujuria, y partícipes de los beneficios de sus saqueos. Estos seis dirigen tan bien a su jefe que a éste le es necesario, para [fortalecer] su sociedad, ser malvado, no sólo por sus [propias] maldades, sino también por las de aquéllos. Estos seis tienen a seiscientos que prosperan bajo su protección, y hacen con esos seiscientos lo que ellos hacen con el tirano. Y esos seiscientos tienen bajo ellos a seis mil [...] Grande es el cortejo que viene detrás de todo esto, y quien quiera entretenerse en tirar de este hilo, verá que no son aquellos seis mil, sino cien mil, sino millones, los que se atan al tirano con él¹³». Es la densa trama del tejido del poder. La

¹¹ «No es creíble que el pueblo, desde el momento en que es sometido, caiga tan repentinamente en tal y tan profundo olvido de la independencia que no es posible que se despierte para recobrarla, sirviendo tan resueltamente y de tan buen grado que al verle se diría, no que ha perdido su libertad, sino que ha ganado su servidumbre. Es verdad que al principio se sirve forzado y vencido por la fuerza. Pero los que vienen después sirven sin pesar y hacen gustosamente aquello que sus antecesores habían hecho por coacción», in DE LA BOÉTIE, E, *Discurso de la servidumbre voluntaria*, op. cit., p. 36.

¹² Ibid, pp. 44 y ss.

¹³ Ibid, pp. 50-51.

Boétie se basa en una estructura piramidal para explicar el sencillo mecanismo en red que mantiene al tirano, y del mismo mecanismo se sirve para explicar la facilidad con que podría derroscarse: basta con que los hilos de esta red se resistan a permanecer dentro de ella para que el coloso se derrumbe¹⁴. No es sin embargo tan fácil. Hay hilos que no quieren ser deshilvanados. No quieren. Pero el querer no desaparece. Se quiere otra cosa porque hay algo más originario que el deseo de libertad.

Según La Boétie este «vicio monstruoso» que no puede ser entendido como cobardía – «dos, y posiblemente diez, pueden temer a uno solo. Mas un millón [...]»¹⁵ –, tendrá su origen en una desnaturalización o domesticación del ser humano que, aunque esencialmente libre, opta por la renuncia voluntaria a su libertad y cae en la «servidumbre voluntaria» por razones de costumbre o beneficio personal; Claude Lefort, uno de los grandes comentaristas del *Discurso*, por su parte hará ver que la «servidumbre voluntaria» esconde una forma de deseo, pero deseo, al fin y al cabo. Deseo de libertad vs. deseo de servidumbre, un deseo contranatura e impensable, por lo demás, puesto que el hombre sólo puede desear lo que le hace bien¹⁶: el deseo, se dirá, es siempre deseo de libertad. Y sin embargo aceptar sin más ambas posturas, por mucho que nos aporte, supone simplificar el problema. Hemos dicho no que se deja de querer o de desear, sino que «se quiere otra cosa». Ahora bien ¿qué es lo que se quiere originariamente? Aunque su decisión sea reprobable, el hombre hace siempre lo que cree que es mejor para él, lo que le conviene para proteger aquello que quiere, que considera más importante. Ciertamente el hombre nace libre y esto, aún siendo cierto, no es lo primero. Antes que la libertad está el impulso de ser. El querer ser. El poder ser. El querer serlo todo. Antes que la libertad, está el deseo de perseverar. Luchar por ser. Forma curiosa –y grotesca- ésta de entender aquel conatus del que hablara Spinoza: «cada cosa se esfuerza, cuando está a su alcance, por perseverar en su ser¹⁷» y que, curiosamente en la misma época, Hobbes interpretó como deseo de autoconservación. Grotesca porque si para Spinoza es el conatus aquello que precisamente ha de combatir el deseo de servidumbre¹⁸, puede servir también para explicarlo. Perseverar en el ser significa ante todo y en este contexto perseverar en el ser propio, de forma que lo que subyace tras todo tipo de servidumbre es siempre la afirmación de la propia existencia, como decía Hobbes, en un «querer» que se expresa en diferentes- y a veces cuestionables- formas.

¹⁴ Ibid, Cf. p. 31.

¹⁵ Ibid, p. 27.

¹⁶ LEFORT, C., «En el nombre de uno», in Ibid, pp. 70 y ss.

¹⁷ SPINOZA, *Ética*, Parte III, Proposición VI.

¹⁸ Frente a las políticas basadas en las filosofías de lo Uno –a las que alude La Boétie- que se basan en la creencia en la desigualdad jerárquica de Uno que destaca sobre los demás, esto es, alguien manda y los otros obedecen, en Spinoza se encuentra el modelo contrario basado en una ontología en la que el ser se dice de todo lo que es, de todo ente en un único y mismo sentido, de forma que todos los hombres valen lo mismo y no hay jerarquía que valga. Cf. TOSEL, A, *Spinoza ou le crépuscule de la servitude*, Aubier, Paris 1984; Cf. DELEUZE, G., *Spinoza et le problème de l'expression*, Minuit, Paris 1998; Spinoza: Philosophie pratique, Minuit, Paris 2009.

Bajo la estructura jerárquica por la cual La Boétie ordena y explica las tres formas de servidumbre voluntaria enumeradas (nacer como siervo, soborno o afeminamiento y afán de poder) se encuentra una escala del querer mucho mayor que engloba no sólo el afán del dominio del tirano o el impulso de libertad de aquel que, aunque preso, no es siervo de nadie y nunca lo será (éstos constituirán los extremos de la escala), sino también los diferentes modos de la servidumbre. Es una escala gradual. Y es que lo que encontramos tras el «querer» es, como apuntó también Lefort, el deseo, pero el deseo de ser, de perdurar (o, incluso, de tener). De ahí que no es que se elija la servidumbre como tal, sino que tras esta decisión se esconden otras motivaciones que apuntan precisamente al instinto de todo ser vivo: el deseo de perseverar asociado en este caso a un determinado modo de existencia. Vistas así las cosas y volviendo al texto con el que iniciábamos estas reflexiones, la pregunta no es por qué Solzhenitsyn firmó ese documento, firmando, como estaba, su propia condena (firmara o no, su destino sería siempre el mismo) o, cómo es posible que el ejercicio de la libertad conduzca a su propia coartación (ejemplos, y muchos, hay de esto último); tampoco va dirigida a la forma de gobierno que permite, favorece y hasta queda fortalecida por semejantes injusticias; ni hacia el «vicio monstruoso» de la servidumbre por la cual los siervos del sistema acabaron por cuenta propia encarcelando al dramaturgo. No, la pregunta va dirigida hacia el origen mismo del «deseo» del tejido social, que en su transcurso va diversificándose hasta tomar diferentes formas, una de las cuales, por decirlo con La Boétie-Lefort, implica no un «vicio» sino un «deseo viciado».

FORMAS HERILES, FORMAS SERVILES

La Boétie da todo el poder al pueblo y ninguno al tirano. Tal y como él lo formula basta con que los hombres quieran ser libres para que éste caiga. Y sin embargo, él mismo menciona como una de las formas más peligrosas de la servidumbre aquella que, cerca del poder del déspota, disfruta de parte de los frutos del dominio. Es el tejido bien hilado del poder el que permite que la tiranía perdure¹⁹. El individuo en realidad no lucha contra el tirano: son los otros los que le ofrecen resistencia, son los otros los que ejercen su dominio. Y los otros pueden querer también ser libres, pero no a costa de ellos mismos o sus prioridades. El coloso de la tiranía no es tan fácil de derrocar, pero no por la debilidad del pueblo que simplemente se subyuga a sí mismo y no hace nada por evitarlo, sino precisamente porque cada uno de los individuos que constituyen el tejido social quieren algo. Porque del mismo modo que el tirano es sólo un «homúnculo» ¿cómo es posible que llegue a tiranizar todo un pueblo? ¿cómo tiene ese poder? Porque el tirano no supone un poder frente a otros -aquí un tirano, aquí el pueblo- sino porque su papel se encuentra finamente tejido dentro de una misma red de poder. Unos quieren servir

¹⁹ «Una vez instalado, el tirano detenta la voluntad y el poder de someter. Pero no deviene amo por quererlo, sino que lo es por haber ocupado un sitio ya dispuesto, por haber respondido a una demanda ya formulada por aquellos a los que, y en los que, domina: el pueblo», in LEFORT, C., «El nombre de Uno», in E. DE LA BOÉTIE, *Discurso de la servidumbre voluntaria*, op. cit, p. 60.

y otros lo quieren todo. Pero no sólo en virtud de su clase social: hay príncipes serviles como hay siervos nobles.

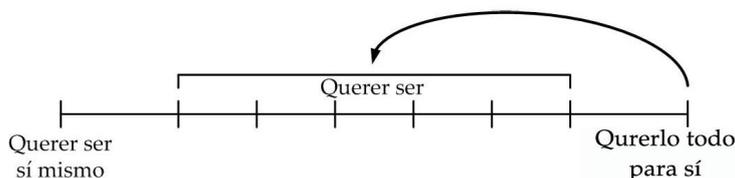
Lo que subyace siempre y en todo individuo, es el querer. Si seguimos los planteamientos profundizados por el idealismo alemán, desde Fichte a Schelling, pasando por Hegel, el querer es lo primero: «querer es el ser originario²⁰». Ahora bien si el querer es el origen y el origen es siempre el mismo son varias las formas en las que se acaba manifestando según se adecue al contexto o al tejido social al que se hacía referencia. Si unos mandan y otros obedecen es por la forma que adquiere aquel querer originario. Éste es el origen y el hilo conductor de todo el proceso. Sea la del hombre libre, la del siervo en cualquiera de sus formas, o la del tirano, la voluntad (al. *Wille*) se inicia siempre con un querer (al. *wollen*), con un querer libre por el que la conciencia va tomando conciencia de sí. Más allá de las implicaciones posteriores que este querer libre pueda tener, este impulso primero es lo que lleva al individuo a hacerse y autoconformarse, a tratar de autodeterminarse. El yo, la conciencia se quiere, sin más. No es que elija algo, sino que consiste en un deseo puro de ser. El yo quiere ser y consiste en su continua afirmación, de ahí su implícita tendencia a la autoconservación. El querer es ya siempre volver hacia uno mismo, reflexionar para sí y hacer lo posible para ser. Ecos de Spinoza. Conforme la conciencia se va haciendo y va tomando conciencia de sí misma, es decir, conforme va actuando – ella misma es actividad y es actividad libre en tanto que busca ser sí misma-, toma conciencia del mismo modo de algo que se le opone, de una resistencia: lo otro que no es él, los otros que, como esta conciencia, quieren ser y autorrealizarse²¹. De forma que, yendo un poco más lejos podemos afirmar que, aunque el querer es lo primero, en su choque con lo otro, puede diversificarse de tres modos: bien puede continuar reafirmando a sí mismo al tiempo que se compenetra pacíficamente con los otros sin negar aquello que le es propio (querer ser sí mismo); bien puede querer lo otro también para sí mismo haciendo que su querer se manifieste como afán de dominio sobre lo otro de sí (quererlo todo); bien puede tratar de sobrevivir o permanecer como está (simple querer ser o deseo de subsistencia). El primero es el actuar del hombre libre que, en su relación con el otro toma a la libertad, la suya y la de los demás, como aquello que hay que preservar y cuidar hasta el límite último: es eso y no otra cosa lo que defiende por encima de todo; el segundo sería aquel al que sólo le importa la propia libertad y los demás devienen objeto para su disfrute y uso²² –por eso hay jerarquía y por eso, dirá

²⁰ SCHELLING, *Sämtliche Werke (=SW) I/VII*, 350; trad. al castellano a cargo de Helena Cortés y Arturo Leyte in SCHELLING, F.W.J., *Investigaciones filosóficas sobre la esencia de la libertad humana y los objetos con ella relacionados*, Anthropos, Barcelona 2000, p. 147

²¹ FICHTE, *Fichtes Werke (=FW) IV/3*, 510 y ss; Cf. *Sittenlehre* in FW I/IV, trad. de Jacinto RIVERA DE ROSALES: FICHTE, *Ética o el sistema de la doctrina de las costumbres según los principios de la Doctrina de la Ciencia*, Akal, Madrid 2005.

²² No profundizaremos aquí en el papel del tirano y en las formas heriles como tales sino en su relación con las serviles. Baste recordar que el propio La Boétie enumerará tres formas de tiranía: por elección del pueblo, por la fuerza de las armas, por sucesión de su linaje (Cf. DE LA BOÉTIE, E.,

La Boétie, no puede haber amistad si no es entre sujetos que se estiman y respetan²³-, es decir, el tirano o cualquiera de las personalidades que, no pudiendo acceder al poder, tratan de beneficiarse lo más posible de él. Como dijo Fichte, siempre habrá hombres que quieren dominar²⁴; y el tercero, aquellos que, en una amplia gama, si bien no pueden o no quieren autodeterminarse libremente, tratan de sobrevivir, perseverando en lo que consideran más valioso: no la libertad, sino su vida o sus pertenencias o las sobras del tirano o alguna forma de poder sobre el otro. No es del todo cierto aquello que sostiene Lefort en su lectura del *Discurso* según la cual el deseo de servidumbre contradice el deseo de posesión²⁵. Es cierto que los siervos son desposeídos, pero en primer lugar el mismo deseo de libertad llevado a su extremo y en situaciones radicales significa ser libre de toda cadena, incluida las que atan a las posesiones materiales (por eso aquel que afirma la libertad sobre todas las cosas puede renunciar a todo, incluso a su vida); y en segundo lugar y sobre todo, porque precisamente el deseo de servidumbre obedece al deseo de posesión: el de poseer, al menos, la propia vida, el de no querer ser despojado de más, el de querer más aprovechando la situación. Es la posesión en sus diferentes modos uno de los elementos de la servidumbre. Si se desea, se desea siempre algo y es este deseo el que condiciona la posición en la red de poder.



Será este amplio grupo, situado entre ambos extremos, el que muestre los diversos modos y maneras de servidumbre según sea el querer que les aliente.

MODOS Y MANERAS DE LA SERVIDUMBRE

Hay varias formas de servidumbre. Y pocas de ellas desean la servidumbre por sí misma, sino como medio o incluso como resultado del verdadero querer. Siguiendo esta

Discurso de la servidumbre voluntaria, op. cit., p. 34). Y todas se caracterizarán por lo mismo: hacer del otro un mero objeto o posesión o dicho con Kant hacer del otro siempre un medio y no un fin en sí mismo: «Y aunque los medios para adquirir los reinos sean diversos, siempre la manera de reinar es casi semejante: los que han sido elegidos, los tratan como si hubieran adquirido toros que hubiera que domar; los que los han conquistado, disponen de ellos como de su botín de guerra; los sucesores, se emplean en tratarlos como si fuesen sus esclavos naturales» (Ibid, p. 35)

²³ Cf. Ibid, p. 32; también pp. 54 y ss.

²⁴ FW I/IV, 202; trad. 242.

²⁵ LEFORT, C., «El nombre de Uno», in E. DE LA BOÉTIE, *Discurso de la servidumbre voluntaria*, op. cit, p. 74.

idea, podemos distinguir tres grupos de servidumbre: aquellas cuyo querer ser se traduce en un sobrevivir o un querer permanecer tal y como se está; aquellas que comparten con el querer del tirano el afán de dominio: no les basta con ser, quieren más y se benefician o abusan de la situación del poder; y, finalmente, la peor de todas, la forma servil pura: la decisión libre y entregada al tirano por el que el deseo de perseverar en el ser se proyecta en el objeto deseado: lo que se quiere es que persevere o perdure el ser propio... del tirano incluso a costa del suyo propio. La devoción. De entre el primer grupo el «querer simplemente ser», la más común es la servidumbre que ha de aceptarse para no sucumbir, la del que no quiere perder más. El deseo es aquí el puro perseverar. Sobrevivir. Se obedece para no perder la vida o para no perder aquello que, oculto para el resto de los hombres, para ese individuo tiene más valor que la propia vida. Se obedece para no sufrir, se obedece para que los nuestros no sufran. De este modo puede adoptarse la servidumbre, pero no por querer servir, sino como forma de autoprotección o de protección hacia otro. Falta el valor porque, al pensar en lo que se podría ganar como individuo singular se olvida lo que se puede llegar a perder como colectivo y, paradójicamente, aquello que podría insuflar valor para romper el yugo y gritar por la libertad, lleva a su renuncia²⁶. Y, sin embargo, basta con raspar un poco en esta máscara servil para que aquella corteza porosa, agrietada por la tensión de la conciencia, vaya deshaciéndose y, tras el tenso silencio, en el momento adecuado irrumpa con violencia el rojo de la revolución y el grito de la libertad. Otra de las formas de la servidumbre de este «querer ser» son las motivadas por la decisión misma que la libertad conlleva: no saber qué elegir o, preferir, por indiferencia o pereza, que otros decidan por mí. Ser libre supone autodeterminarse y autodeterminarse supone elegir constantemente y decidir. Y las decisiones pueden ser equivocadas. El Gran Inquisidor. Nada más terrible y atormentador que la libertad²⁷. Ivan Karamázov le confiesa a su hermano Aliosha que lo realmente terrible de la libertad es que somos responsables de nuestras decisiones. El miedo a la libertad, a ser libre... a que otros lo sean. Ésa es otra de las razones por las que el hombre se somete: «para el hombre no hay preocupación más constante y atormentadora que la de buscar cuanto antes, siendo libre, ante quien inclinarse²⁸» porque no sabe qué hacer con su libertad, porque no sabe si podrá relacionarse con aquellos que le ofrecen resistencia y por eso, espera que alguien más fuerte le domine y decida por él al mismo tiempo que asegure su subsistencia: «Ninguna ciencia les proporcionará pan mientras permanezcan libres, pero al fin pondrán su libertad a nuestros pies y dirán: “Mejor que nos esclavicéis, pero dadnos de comer”. Al fin comprenderán ellos mismos que son incompatibles la libertad y el pan

²⁶ Étienne de la Boétie pensará que es inaudito que millones de personas tengan miedo de una sola, pero los millones de personas están compuestas por la suma de cada uno de sus integrantes. No es el grupo como entidad el que es castigado ni el latigazo se reparte entre millones, sino que es un sólo cuerpo y una sola persona quien es torturada y a la que todo le es despojado. Por eso sí puede ser el miedo el que lleve a la servidumbre.

²⁷ DOSTOYEVSKI, F.M., *Los hermanos Karamázov*, vol. 1, Alianza, Madrid 2009, pp. 385-386.

²⁸ *Ibid*, p. 388.

terrenal, en cantidad suficiente para que cada hombre pueda comer el que quiera, pues nunca, ¡nunca sabrán repartirlo entre sí! Se convencerán también de que nunca podrán ser tampoco libres, porque son débiles, viciosos, mezquinos y rebeldes²⁹». Se ven por tanto atormentados por un querer con el que no saben qué hacer, perdidos y temerosos de los otros y así, ante el afán de dominio de otro, se arrodillan ante él. Quieren ser, pura y simplemente, pero aunque quieren vivir no asumen la tarea de la autodeterminación. Sumidos en la minoría de edad, se dejan hacer, un dejar hacer que apuntará no tan sólo al miedo, sino también a la pereza³⁰. De este modo, también de la decisión procede la tercera de las formas de servidumbre: la que nace de la pereza. Para qué elegir si otros pueden decidir por mí. ¿Para qué actuar? ¿Para qué hacer algo? Palabra de Rimbaud: «La acción no es la vida, sino una manera de malgastar la energía, un enervamiento. La moral es la debilidad del cerebro³¹». Es la indiferencia, el conformismo, el querer dedicarse a otras lúdicas cuestiones las que llevan al hombre a una servidumbre por omisión. Se delega poco a poco hasta que todo se pone en manos del otro: la capacidad de autodeterminación desemboca en la dejadez del dejarse determinar y se extiende de tal modo que, cuando el perezoso quiere reaccionar, el proceso es difícilmente reversible. Nada depende ya de él mismo. Fichte en la Ética de 1798 al identificar a la pereza (al. *Faulheit*) con la inercia (al. *Trägheit*) afirmará, recordando a Kant, que ésta acaba reproduciéndose a sí misma a través de la costumbre y que su origen no es otro que la cobardía: «Cobardía es la inercia [que nos impide] la afirmación de nuestra libertad y autonomía en acción recíproca con los otros. Cada uno tiene el coraje suficiente contra aquellos de cuya debilidad está decididamente convencido; pero si no tiene este convencimiento, si tiene que habérselas con alguien en el que sospecha más fuerza –de cualquier especie que se quiera– que en sí mismo, se atemoriza ante el empleo de la fuerza que necesitaría para su autonomía, y cede. Sólo así es explicable la esclavitud entre los hombres, tanto la física como la moral, la sumisión y [la existencia de] quienes repiten como loros. Me atemorizo ante el esfuerzo corporal [que requiere] la resistencia, y someto mi cuerpo; me atemorizo ante la fatiga de pensar por mí mismo, fatiga que alguno me solicita mediante la excesiva exigencia de afirmaciones atrevidas y complicadas, y prefiero creer en su autoridad a fin de desembarazarme rápidamente de sus demandas³²». De ahí que podamos entender que la servidumbre del dejarse hacer (actitud pasiva) por no querer hacer por sí mismo (actitud

²⁹ Ibid, p. 386.

³⁰ «La incapacidad significa la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía de otro. Esta incapacidad es culpable porque su causa no reside en la falta de inteligencia sino de decisión y valor para servirse por sí mismo de ella sin la tutela de otro [...] La pereza y la cobardía son causa de que una tan grande parte de los hombres continúe a gusto en su estado de pupilo [...] ¡Es tan cómodo no estar emancipado!». KANT, I., «Beantwortung der Frage: Was ist Aufklärung?», in *Was ist Aufklärung? Ausgewählte kleine Schriften*, Hamburgo, Meiner 1999, p. 20.

³¹ RIMBAUD, J.-A., *Una temporada en el infierno*, Montesinos, Barcelona 1995, p. 95.

³² FW I/IV, 202; trad. p. 242. Precisamente en esta pereza consistirá el mal moral entendida como la pereza que conlleva el que no se haga el esfuerzo de reflexionar.

activa) no sólo nace de la indiferencia, del dar igual «si yo estoy bien», sino también, de nuevo, de la cobardía, asociada al esfuerzo que supone pensar por uno mismo. Mejor sufrir, que actuar.

Pero no hay sólo actitudes pasivas en la servidumbre: también las hay movidas por el beneficio y el abuso. Son aquellos que, aunque desean dominar, son más débiles que el tirano: quieren ser y quieren más para sí. Estos a su vez pueden diferenciarse en dos grupos. Están aquellos que tratan de aproximarse lo más posible a quien ostenta el poder, como rémoras que viven de los restos que el tirano les arroja. La servidumbre se torna en servilismo. Son viles y serviles. A ellos hará mención La Boétie cuando al referirse a la corte que sigue al monarca escriba: «[...] al ver a estas gentes que sirven al tirano para beneficiarse de su tiranía y de la servidumbre del pueblo, me quedo estupefacto por su maldad, y a veces siento piedad por su estupidez. Pues, a decir verdad, ¿qué otra cosa es acercarse al tirano, sino alejarse de la libertad propia y, por así decir, aferrar la servidumbre y abrazarla?³³». Se sienten con poder por participar del dominio del señor. Avaricia y ambición³⁴. Pero aún estos hombres, aunque se sometan para beneficiarse, no pueden renegar jamás de la pulsión de su egoísmo, del querer más para ellos, por eso aunque parezcan jurar fidelidad al tirano, si la situación así lo exige, pueden venderse a otro postor. Se mantienen donde están por pura falsedad³⁵.

Hay sin embargo quienes, sin querer complacer al tirano, se complacen a sí mismos y disfrutan de la posición de poder ejerciendo su dominio sobre los demás. Abusan de esta forma de su poder para, mientras sirven al tirano, poder dominar a los que están bajo ellos. Se reafirman en su ser propio y se autoagasajan con el placer que les supone someter sin consecuencias a los otros. Ejemplos de éstos hay muchos: desde aquel soldado descrito por Primo Levi para el que, obedeciendo a sus superiores, encuentra también ocasión para sus iniciativas privadas³⁶, hasta aquel que pega al prisionero por el puro placer de hacerlo.

Y pese a esta aparente servidumbre, todas estas formas, las vertebradas en torno al querer ser o al querer más para sí, pueden agrietarse según se vea modificado el querer de los sujetos. Que se quiera otra cosa porque la libertad, aunque no ejercida, sigue latiendo. El querer puede romper de este modo las cadenas del no-poder. Cambiar de tirano o cambiar de régimen. Todo dependerá del interés.

³³ DE LA BOÉTIE, E., *Discurso de la servidumbre voluntaria*, op. cit., pp. 52 y ss.

³⁴ Cf. *Ibid.*, p. 53.

³⁵ «Toda falsedad, toda mentira, toda perfidia y traición viene por eso, porque hay opresores; y todo el que subyuga a otro, ha de estar preparado para eso», in FW I/IV, 203; trad. p. 243.

³⁶ Era un soldado alemán erizado de armas; no lo vemos porque hay una oscuridad total, pero sentimos su contacto duro cada vez que una sacudida del vehículo nos arroja a todos en un montón a la derecha o a la izquierda. Enciende una linterna de bolsillo y en lugar de gritarnos «Ay de vosotros, almas depravadas» nos pregunta cortésmente a uno por uno, en alemán y en lengua franca, si tenemos dinero o relojes para dárselos: total, no nos van a hacer falta para nada. No es una orden, esto no está en el reglamento: bien se ve que es una pequeña iniciativa privada de nuestro Caronte», in LEVI, P., *Si esto es un hombre*, op. cit., pp. 29-30.

Hay sin embargo un grupo más de servidumbre, cuya sumisión es casi imposible de superar: es por ello la más peligrosa. No es que se haya renunciado a la libertad para salvaguardar al ser propio o para sacar mayor tajada, sino que el ser propio ha sido volcado enteramente y con entera voluntad hacia el ser y la voluntad del tirano. Si hacemos caso a lo que muchos siglos antes formuló John Milton en el *Paraíso perdido*, no hay forma de vasallaje más sumisa que la que se acaba acatando por la convicción de una decisión completamente libre: cuando se sirve por convencimiento y aún hasta con devoción. Nada se cuestiona. Esto será lo que Milton ponga en labios del propio Dios: «Sin libertad ¿qué prueba me darían, leal, / De alianza verdadera, fe constante, o de amor, / Si sólo lo obligado, pero no lo deseado, / Estuviera a su alcance? ¿Qué elogio les daríamos? / ¿Qué placer tendría yo en obediencia semejante [...]? [...] pues así / los hice libres y libres deben mantenerse / hasta que ellos mismos se esclavicen³⁷». Absoluta entrega. Librementeserviles. Eligen esta vez sí servir y someterse absolutamente a un ser superior del que todo depende. Algo parecido diría siglos antes San Agustín: «eris liber, si fuerit servus³⁸». Kierkegaard tomará más tarde el testigo: el Caballero de fe, cuya libertad de servir a Dios le guía³⁹. De este modo el problema viene cuando el tirano es idealizado y divinizado. Los siervos le veneran, le adoran, sin condiciones y sin segundas intenciones. Todo es para el déspota. Por eso como señalará el propio La Boétie los tiranos se esfuerzan porque su reinado sea vea legitimado por la fe⁴⁰. El Rey Sol. Napoleón. Y aún más, se esfuerzan para ser considerados, sino dioses, sí tocados por su mano. Pero no se obedece por miedo al castigo divino, se obedece, en el extremo más peligroso y crédulo, por amor ciego y convencimiento. Vence aquí la falsedad de manipulación y el engaño del tirano, pero la sumisión del vasallo es sincera. Se vive por y para el déspota. Y no importa tanto el ser propio como el ser propio del tirano, aún más, el ser propio se vuelca en la perseveración del ser de éste. Morirían por él. Sacrificarían a sus hijos por él. Este es el triunfo del tirano: cuando –Kant dixit– se actúa tanto por deber como conforme al deber. Nada se cuestiona, por nada se interroga. Obediencia ciega.

³⁷ MILTON, J., *Paraíso perdido*, Libro III, vv. 104-107 y vv. 124-125.

³⁸ En Io. Ev. Tr. 41,8. SAN AGUSTÍN afirmará que el hombre que hace el bien y el auténticamente libre es el que es siervo de Dios y el hombre que hace el mal y el que carece de libertad es el que es siervo de sus propias pasiones.

³⁹ KIERKEGAARD, S.: *Temor y temblor*, Alianza, Madrid 2001, pp. 63-73.

⁴⁰ DE LA BOÉTIE, E., *Discurso de la servidumbre voluntaria*, op. cit., pp. 48-50.